

Delante de ellos se extendía un inmenso bosque de pinos, cuyas copas cubiertas de nieve se dilataban hasta perderse de vista. A la derecha había un precipicio sin fondo; á la izquierda un pico, el último, alejado cerca de una milla y que el sol poniente hacía brillar como un colosal carbúnculo.

Pedro Falcone (¡Dios le tenga en su gloria! porque en la hora que os hablo ya no existe), se detuvo en este lugar y dijo:—¡Allí está!

Todos miraron alrededor: veíase una montaña cubierta de nieve, pero no se observaba huella de obra humana.

El caballero Bernoni y Pietro Frascati preguntaron á Falcone:—¿A dónde nos habéis llevado?

—A la puerta del castillo de Púrpura—respondió el médico endiablado.

Volvieron á mirar y sólo vieron el blanco velo de nieve.

Digo mal, vieron algo más, porque escapóse de todos los pechos un grito de estupor.

¿Qué era pues?

En la cima del pico alumbrado por el sol poniente y elevado como un gigantesco pedestal, había una estatua.

Una estatua de color de escarlata que hubiese parecido de encendido pórfiro, si el viento no agitara los pliegues de su manto de púrpura.

Era un hombre que se apoyaba inmóvil y arrogante en el luciente cañón de su larga carabina.

A los rayos del sol distinguíanse los menores detalles de su traje y su persona. No llevaba un hilo en la ropa que le cubría que no fuese colorado.

La pluma de su sombrero, bermeja como la flor del cactus, flotaba sobre sus espaldas.

Y desde aquella altura en que se hallaba, el orgulloso rey de la montaña parecía lanzar una

mirada desdénosa sobre los impotentes enemigos que iban á intentar el sitio de su fortaleza.

El caballero Bernoni y el mayor Pietro Frascati (los dos han muerto, hermanos míos), pronunciaron juntos un nombre que corrió de fila en fila hasta llegar á los últimos soldados.

Apuesto, compañeros míos, que todos habéis adivinado el nombre pronunciado por el coronel, por el mayor y por los dos mil soldados que le seguían...

Mariotto hizo una pausa.

La muchedumbre se agitó y murmuró estas cuatro sílabas mil veces repetidas en voz baja:

—¡Porporato!... ¡Porporato!...

XII

Del peligro de contar las historias demasiado bien

El improvisador prosiguió con voz alterada:

—¡En efecto, él era, amigos míos! el rey de las tinieblas, el señor de los montes ignotos, el hermoso demonio como se le llama; era Porporato siempre en guerra, siempre vencedor.

Sólo él y el arcángel caído poseen esa mirada que turba el corazón.

Los soldados se estremecieron, los jefes también. Pedro Falcone tenía un alma de bronce.

El doctor le señaló con el dedo y dijo:

«—¿Me preguntaréis aún dónde os he conducido? ¡He ahí el bandido condenado! ¡No se nos escapará!»

Al propio tiempo (sea porque los que no son del monte no saben medir la distancia, ó porque se había apoderado un vértigo de Pedro Falcone), cogió la carabina del gendarme que tenía más cerca.

Apuntó, hizo fuego, y los ecos devolvieron la explosión como una burlona carcajada.

El hombre vestido de púrpura se quitó el sombrero, saludando grave é irónicamente.

El viento agitó sus cabellos blondos como llamas.

Luego extendió su mano en dirección á los soldados y desapareció.

Los grandes pinos se movían en las vertientes vecinas. Quizá era una ilusión, pero los soldados creían oír á derecha é izquierda y por todas partes, el eco de la sonata llamada de los Compañeros del carbón y el hierro:

Amici, alliegro andiamo alla pena.

El sol descendía hacia el horizonte. A lo lejos empezaba la noche á extender sus tinieblas en la llanura. El viento de la tarde levantaba por doquiera torbellinos de nieve.

—Aquí no podemos acampar—dijeron los oficiales superiores, viendo crecer el descontento entre los soldados.

El gendarme Misalta me lo ha contado, amigos míos: Pedro Falcone parecía un energúmeno. Sus ojos brillaban sobre la lívida palidez de su semblante.

«—¿Quién os habla de acampar aquí?—replicó; —no es esta ocasión de dormir sino de combatir.»

Esta palabra «combatir» fué repetida por todos lados: «¿Combatir á quién?» ¿dónde estaban los enemigos? ¿y á qué luz combatir? La noche se extendía como un gran manto negro.

¡Oh favorecedores míos! Más de un soldado pierde el valor en la obscuridad.

Pedro Falcone repuso:

—Vamos á sitiar esa infame guarida.

Y como se elevase un murmullo, el condenado médico llamó al teniente coronel y al mayor por sus nombres:

—Señor Bernoni, y vos, señor Frascati—les di-

jo,—os requiero en nombre del rey para que hagáis respetar mi autoridad suprema.

Aun no había hablado en este tono.

A los soldados no les gustaba ser conducidos por un doctor. El murmullo, tímido hasta entonces, se convirtió en una abierta rebelión.

Falcone sacó de su seno un pliego que desdobló.

Era una orden del rey, amigos míos, una orden que ponía toda la expedición bajo la autoridad del doctor. Había sido obra del buen humor del señor Johann Spurzeim, á quien bendiga Dios.

Los oficiales viéronse obligados á ponerse del lado de Falcone. Cuando ordenó: «¡al hombro y marchen!», como los soldados vacilasen, los oficiales tiraron de las espadas.

Había al pie del gran pico donde Porporato mostrara hace poco su gran talla erguida hacia el cielo, una de esas hendiduras que os he dicho parecerse á las bocas del infierno.

Esta era bastante ancha en su base de dura peña para que pudiesen introducirse dos hombres de frente.

Falcone señaló la hendidura con la boca de su pistola que llevaba en la mano.

—He aquí nuestro camino—dijo:—en esa senda lo mismo es que sea de día que de noche.

Los soldados le miraron taciturnos y desalentados.

—Si queréis que marchen—dijo en voz baja Frascati al oído de Falcone,—haced destapar los toneles.

Los criados del regimiento Buffalo llevaban algunos de éstos llenos de ginebra y aguardiente de Francia. Pedro Falcone respondió:

—No es tiempo aun... estamos empezando. Debo confesar, amigos míos, que él se introdu-

jo el primero en la hendidura, después de haber arrojado unos trozos de roca que parecían echados allí al azar.

Los soldados le siguieron como corderos.

Cada uno de ellos, antes de entrar en esta caverna, lanzaba una postrer mirada al sol poniente rodeado de manchas rosadas.

Parecían despedirse de la luz.

El camino era sin embargo menos peligroso de lo que podía esperarse. Al cabo de algunos pasos, la hendidura se ensanchaba sensiblemente y se convertía en una verdadera gruta. Podían marchar cinco ó seis hombres de frente.

El suelo era unido y liso.

A medida que adelantaban, la temperatura cambiaba. Al frío riguroso de afuera sucedía un calor suave.

Suponed un rayo de sol en este lugar y hubiera sido para nuestros soldados un paraíso.

Pero carecían del rayo de sol.

En su lugar había la obscuridad profunda, absoluta, que sólo se encuentra en las profundidades de la tierra.

Los soldados caminaban cogidos unos á otros por los faldones de las casacas, dejándose guiar ciegamente.

Lo más particular es que, creyendo tener que subir, sentían que el suelo se inclinaba sensiblemente. Era una pendiente tan rápida como la de la misma montaña, pero seguían una dirección opuesta.

Al cabo de un cuarto de hora, que pareció eterno á nuestros soldados, oyeron en torno suyo un sordo fragor.

Parecía el estrépito de una cascada, aumentando por centenares de ecos.

—¡Alto!—gritó Pedro Falcone.

Todos obedecieron con gusto, porque entre aque-

llas tinieblas el ruido del agua era terrible amenaza.

—Encended las antorchas—ordenó Pedro Falcone.

Con la ayuda de la piedra y el eslabón encendiéronse las antorchas.

Creíase hallar un torrente á algunos pasos, pero en lo interior de la tierra el ruido engaña. No había tal torrente ó corría tan lejos de allí que era imposible verlo.

Hallábanse en una gran cavidad de alta bóveda por cuyas paredes de roca filtraba la humedad.

La tercera voz de mando de Falcone fué la siguiente:

—¡Abrid los toneles!

Dos minutos después que los vasos empezaron á circular, oyéronse bajo las bóvedas cantos y carcajadas.

Falcone subió á una barrica vacía y dijo:

—Sólo algunos pasos nos separan del tesoro mayor del mundo... Todos los que han entrado aquí pobres, saldrán ricos como Cresos. Aplaudióse.

Falcone añadió:

—Además de la parte que corresponda á cada uno, habrá premios. Mil onzas de oro por cada cabeza de bandido, diez mil por la de cada maestro del Silencio, y cien mil por la del infame Porporato.

El eco de este nombre retumbó largo tiempo por la caverna.

Falcone tomó una antorcha y la recorrió.

Á la derecha de la entrada había una roca cuyo peso debía ser enorme á juzgar por su dimensión.

Falcone la cogió por una de sus desigualdades y todos vieron con asombro balancearse lentamente la pesada piedra.

Al acabar de caer descubrióse una abertura de

forma oval por la cual no se podía penetrar sino á gatas.

—He aquí el camino del tesoro—exclamó Pedro Falcone...—¡Cien onzas de oro al que pase primero!

Nadie se presentó.

—¡Oíd, amigos míos! los franceses son locos: ellos hacen estas cosas, pero nosotros no queremos tentar á Dios.

—¡Doscientas onzas!—añadió Falcone.

Y como nadie tampoco se presentase, apostrofó á nuestro ejército.

—¡Sois unos cobardes!—dijo echando espuma por la boca;—¡yo no ciño mi espada, pero tengo valor!... Si voy delante ¿me seguiréis?

—Sí, sí—contestaron los que habían bebido más.

¡Trinidad santa! hermanos míos; el furioso médico no dijo ni uno, ni dos, ni tres, sino que poniéndose la pistola en el cinto y el puñal en la boca penetró por el agujero sin mirar el peligro.

Siguióle un búffalo, luego dos, luego tres, luego todos.

Este extraño modo de desfilar duró más de una hora; tan verdad como somos cristianos, amigos míos.

Cuando el último búffalo hubo desaparecido por la abertura, penetró también en ella el teniente coronel Benoni: un jefe no debe abandonar á sus soldados.

Y los que habían quedado en la gruta, empezaban á concebir grandes esperanzas, porque por la abertura no venía ruido alguno de lucha. Evidentemente los que penetraron por ese peligroso camino habían alcanzado su objeto sin disparar un tiro.

Entre Falcone y los oficiales quedó convenido que aguardarían algunos minutos antes de mover el segundo destacamento. Aguardábase,

El mayor Frascati, los dragones y los gendarmes escuchaban con profunda atención.

Los minutos convenidos habían transcurrido.

Entonces el mayor Frascati, que era un valiente, vosotros lo sabéis bien, tortolillas mías, dió orden á sus gendarmes de prepararse.

Los dragones debían ir á la cola.

El mayor recomendó á todos que tuviesen la bayoneta entre los dientes y el fusil en la mano derecha.

Un fusil no estorba para agacharse, y si no ved como lo hacen los cazadores.

Este digno mayor examinó sus pistolas, puso su puñal en la boca como lo había hecho Falcone, y pasó su cabeza con arrojo por el agujero.

Al revés del camino que el destacamento había seguido hasta entonces, la abertura ascendía ligeramente.

El mayor no había desaparecido aún del todo, cuando se le oyó murmurar:

—Este lodo es resbaladizo y húmedo.

Los que le precedieron no se habían quejado de humedad.

El mayor avanzó aún dos ó tres pasos.

Luego se detuvo diciendo:

—¡Esto sofoca! ¡juraría que siento olor de sangre! Viósele retroceder.

Al levantarse salió á la vez de todas las bocas un gran alarido de horror.—¡Sangre, sangre!

El mayor estaba empapado de sangre de pies á cabeza.

Llevaron antorchas á la embocadura del camino subterráneo, porque el mayor dijo al salir:

—Ese camino es ahora un arroyo lleno de agua fangosa.

—¡Sangre, sangre!—volvieron á exclamar los que llevaron las antorchas.

El agua fangosa era sangre.

La sangre corría del agujero como el vino cuando cae de la prensa á la cuba.

La sangre formaba un gran charco alrededor de la roca. Era la de todo un regimiento.

Aquí Mariotto se detuvo para enjugar el sudor que corría por su frente. Estaba pálido.

Lo mismo acontecía á todo su auditorio.

Las respiraciones contenidas formaron un murmullo al dilatarse los pechos.

—Bueno—empezaron á decir viendo que tardaba tanto en tomar aliento;—¿qué es lo que sucedió después, Mariotto?

—¿De dónde venía esta sangre, Mariotto?

—¿Y sus fusiles, Mariotto? ¿por qué no hicieron uso de ellos?

Mariotto no cesaba de enjugarse la frente.

Estaba conmovido, conmovido sinceramente, pero esto no le impedía pensar en su negocio.

Interiormente se preguntaba el precio que podía ponerse á una curiosidad tan violentamente excitada.

No consiste todo en vencer, ha dicho Plutarco, sino en saber aprovecharse de la victoria.

Aunque Mariotto no había leído á Plutarco, seguía fielmente su consejo.

Buscaba el mejor medio de explotar su buen éxito. —Y bien, Mariotto, ¿no nos oyes?

—¿Quieres dejarnos con la miel en la boca?

—¿Estás mudo?

Mariotto oía perfectamente, pero se hacía el sordo. La muchedumbre empezaba á refunfuñar.

—¡Oh! mis buenos amigos—dijo por fin Mariotto,—¿desde cuándo me tenéis á sueldo? ¿Me tomáis por vuestro criado? Y si lo soy ¿por qué voy por las calles con los *calzoni* rotos? ¿Por qué mi pobre mujer no tiene siquiera un pañuelo para ponerse en la cabeza? ¿Por qué mis hijos van des-

calzos? ¿Nos enfadamos? ¡Está bien! Francamente os lo digo, ya me canso de trabajar por ingratos. A los que cantan y á los que bailan en el teatro de San Carlos se les paga. A los saltarelli que hacen cabriolas en las calles se les paga. Los faccini que llevan fardos, los caballos que tiran de los carruajes, los gitanos que dicen la buena-ventura, á todos se les paga. A los hombres con dinero, á los animales con alimento. ¿Sólo yo en este mundo he de trabajar gratis en mi oficio?

—¿No se te ha pagado, infame?—gritaron cien voces irritadas.

—Esta noche has recibido ya dos salarios en vez de uno, pícaro Mariotto.

—¡Avaro insaciable! ¡petardista! ¡bandido!

Mariotto dejó pasar la tempestad. Renunciamos á pintar la mirada de soberano desdén que paseaba sobre su auditorio.

Cuando se restableció un poco el silencio, echó su zamarreta sobre sus hombros y rechazó atrás las masas de sus cabellos negros un poco canosos.

—¡Raza vil y degenerada!—empezó,—¿á mí me insultáis, rebaño de hombres sin juicio y de viejas mujeres locas? ¿Hay alguno entre vosotros que sea digno de besar mis chancletas? Me llamáis bandido y vosotros todos los días me robáis; me llamáis mendigo y á cada instante imploráis mi caridad. ¿No es mendigar, ¡oh, napolitanos! sonsacar á un pobre hombre sus narraciones que son verdaderos poemas, por una pequeña moneda que se le escatima con tanta parsimonia? ¡Idos, idos! ya sabía yo que había de llegar el momento en que fuera necesario separarnos. Iré á Florencia donde se estima el buen lenguaje. Iré á Roma donde se honra la elocuencia. Y no me veréis más, ¡oh, napolitanos! Pero al dejar vuestros